

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario C2022

Las lecturas de este cuarto domingo hablan de la llamada de Dios y sus exigencias. Muestran que todos hemos recibido una misión especial de Dios, aunque no siempre seamos conscientes de ello. Muestran también que, aunque cada misión tiene sus dificultades, Dios no abandona a sus siervos. Él los ayuda, los fortalece y los protege.

La primera lectura describe la vocación del profeta Jeremías. Muestra cómo Dios lo eligió cuando aún estaba en el seno de su madre. Muestra también cómo Dios le aseguró su presencia y su ayuda, a pesar de las posibles dificultades ligadas a su misión.

Lo que este texto nos enseña es que somos conocidos por Dios y cada uno de una manera muy particular. Otra idea es que sólo Dios puede iluminar la vocación de cada uno de nosotros. La última idea está relacionada con la certeza de que sean que sean las dificultades que podamos tener en nuestra vocación, Dios nos protegerá y defenderá.

Este texto nos ayuda entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús se enfrenta a la incredulidad de la gente de su pueblo. En primer lugar, el Evangelio dice que, aunque la gente quedó impresionada con su enseñanza, no le dio su plena aprobación. También dice que hicieron preguntas sobre su origen y lo desafiaron a realizar milagros en medio de ellos.

Luego, el Evangelio da la reacción de Jesús que señala su incredulidad al evocar la generosidad de Dios hacia los extranjeros en el tiempo de Elías y Eliseo. El Evangelio termina con la reacción desdichada de la gente que quería hacer daño a Jesús y de su huida.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la importancia de las disposiciones de corazón. ¿Qué quiero decir con eso? Déjame explicar. Cuando veo la controversia entre Jesús y los habitantes de su pueblo en el evangelio de hoy, me inclino a sostener que las disposiciones del corazón juegan un papel importante en el establecimiento de una relación con las personas.

¿Por qué? Porque, cuando no hay apertura de corazón hacia alguien, se hace muy difícil apreciarlo, escucharlo y, en consecuencia, tener alguna amistad con él. Incluso puede suceder que lo que alguien dice sea relevante para nuestra vida, pero a causa de los prejuicios, se puede impedir que lo encontremos interesante o importante.

Eso es exactamente lo que le sucedió a la gente del pueblo de Jesús. Lo recibieron con prejuicios, porque lo conocían bien a través de su familia. Esta forma de actuar nos enseña que mientras no superemos nuestros prejuicios y mantengamos una actitud positiva hacia las personas, nunca las valoraremos. Esto es cierto para nuestra relación con los demás, pero también es cierto para nuestra relación con Dios. Todo comienza con la apertura del corazón, la seguridad y la confianza. Sin esas pequeñas cosas, no podemos llegar a establecer una verdadera relación con Dios.

Además, la gente del pueblo de Jesús lo encerró en la caja de la historia de su familia. Pensaron que, como conocían muy bien a su familia, nada bueno saldría de él. Pero, ¿no es esta una forma de negarle la posibilidad de crecer y ser diferente? Es como si la historia fuera irreversible. Es como si el hijo de un marinero borracho fuera también un borracho. Es como si una niña de una familia pobre fuera necesariamente una esposa pobre. La historia de los pueblos y naciones nos ha enseñado que no siempre es así.

En otras palabras, para construir una relación con las personas, tenemos que empezar por confiar en ellas. Sin confianza y buenas disposiciones de corazón, cualquier relación se

vuelve difícil. Por eso, la fe significa ante todo confianza en Dios y en su palabra. Por supuesto, conocer las cosas de Dios es importante. Por supuesto, es importante conocer el credo y todas las fórmulas que repetimos en la Misa. Pero, todo esto tiene que estar precedido por nuestra plena confianza en Dios y en su palabra. Esto es lo que faltaba en el corazón de la gente del pueblo de Jesús.

De hecho, la gente del pueblo de Jesús no confiaba en él. No creían que en este hijo del carpintero de su pueblo, Dios habría hablado y revelado al mundo. Carecían de confianza en Jesús. Quizá les hubiera gustado ver con los ojos del cuerpo cómo Dios estaba realmente presente en Jesús. Quizá les hubiera gustado tocar con sus manos y sentir con sus sentimientos cómo Dios estaba obrando en Jesús.

Y sin embargo, en la vida diaria y en muchas situaciones, hay muchas cosas que no vemos con nuestros ojos y no tocamos con nuestras manos, pero que creemos que son verdad. Por ejemplo, ponemos nuestro dinero en un banco con la firme confianza de que lo guardarán para nosotros. Pero, ¿que garantía realmente tenemos de que está asegurado? Además, cuando alguien nos dice “te amo”, sonreímos y nos sentimos bien. Pero, ¿vemos el amor o lo tocamos? Cuando esta persona nos da un ramo de flores o un beso, la realidad del amor que hay en su corazón es más grande que el regalo que nos da. La realidad del amor que mueve a esta persona no puede reducirse a flores o a un beso. Las flores o el beso no son más que un signo externo de una realidad oculta que va más allá de ellos.

En verdad, es la confianza la que está detrás de todo esto. En esta perspectiva, es claro que la confianza, entonces, es la columna vertebral de la fe. Pero, la fe sin amor a veces puede ser cruel. Por eso comprendemos que san Pablo insista en la importancia del amor en nuestra vida.

De hecho, sin amor en nuestros corazones, tanto nuestra vocación como nuestros dones pueden convertirse fácilmente en autosatisfacción y auto-justificación de nuestros méritos. Puede que tengamos el don de profecía, pero sin amor, se convierte en una amenaza continua para las personas. Puede que tengamos el don del conocimiento, pero sin amor, se convierte en un esnobismo intelectual. Podemos tener fe, pero sin amor, se vuelve vacío. Puede que tengamos caridad, pero sin amor, se vuelve condescendiente. Podemos dar nuestro cuerpo en sacrificio, pero sin amor, se convierte en una expresión de orgullo.

Oremos, pues, para que el Señor nos ayude a cumplir con alegría nuestra vocación a pesar de las dificultades que podamos encontrar. Pidámosle que nos llene de su amor para que en todo lo que hagamos sigamos la guía de su Espíritu y busquemos el bien de nuestros hermanos y hermanas. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremías 1:4-5, 17-19; 1 Corintos 12:31-13:13; Lucas 4:21-30



Fecha de la Homilía: el 30 de Enero, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220130homilia.pdf